

la esperanza en la canción de hoy

CANTAR: DE LA EXPERIENCIA AL FENOMENO

La música es, sin duda, uno de los componentes de nuestra experiencia cotidiana. Solemos acompañar nuestras actividades habituales con el tarareo inconsciente de una melodía pegadiza, oída quién sabe dónde, o incluso improvisándola sobre la marcha. Si nos fijamos bien, la música surge espontáneamente como vehículo de los sentimientos que nos ocupan en ese momento. Así, el simple acto de silbar lleva implícito una «letra», es portador de una vivencia personal. Por otro lado, tendemos a subrayar musicalmente los acontecimientos importantes de la vida. Y tampoco es raro que nuestros más queridos recuerdos estén asociados a una composición musical determinada (bastaría para comprobarlo escuchar los espacios radiofónicos de discos dedicados). Más aún, un solo acorde de guitarra, unas simples notas de violín... tienen el poder mágico de hacer aflorar todo nuestro mundo interior, aún el menos consciente. Todo ello se debe a que la música es el lenguaje privilegiado del sentimiento, un lenguaje capaz de expresar lo inexpresable

Esta virtualidad expresiva de la música, potenciada por la misma capacidad comunicativa de la palabra y del gesto, hacen de la **canción** la forma más rica, más pregnante, de comunicación entre los hombres. A través de una canción se expresa el hombre entero. Y no sólo el individuo: una simple canción puede expresar el alma, la identidad de todo un pueblo. Aquí residiría el sentido y la importancia de los himnos, del folklore, de los cantos y bailes tradicionales, como elementos constitutivos del patrimonio cultural de una colectividad.

Todo esto vale de un modo especial si lo aplicamos al fenómeno de la **canción juvenil**. Porque los jóvenes de hoy han encontrado en la música su propia forma de expresión y comunicación, su lenguaje. Cualquiera que desee penetrar en su mundo no puede desconocer este rasgo típico en el talante de las nuevas generaciones. En torno a la guitarra, al tocadiscos, los jóvenes se encuentran a sí mismos. Incluso me atrevería a decir que la función desempeñada en otros tiempos o culturas por el foro, la catedral, la plaza del mercado o el aula... está hoy en gran parte reservada a las discotecas. Son el nuevo templo

—con sus «ídolos» y «ritos» propios—, el nuevo centro social, y también el nuevo mercado. Todo esto lo saben bien quienes se dedican a explotar esta atracción-fascinación que la juventud actual experimenta por la música. Pero eso sería tema de otro cantar.

EL DESAFIO DEL FUTURO

El tema de la esperanza ha cobrado hoy un inusitado interés entre los estudiosos del hombre. Se analizan y confrontan las alternativas de futuro que presenta la ciencia, el marxismo, el cristianismo... Se constata incluso un renacer del pensamiento utópico. Sin duda, tal interés es congruente y consecuente en relación a la situación de crisis histórica que atravesamos. Pero quizás no se corresponda con la realidad del hombre de la calle, generalmente más preocupado por objetivos, esperanzas y problemas más inmediatos, de tipo material...

Hablando en términos generales, podría decirse que en una sociedad como la nuestra, montada sobre el consumismo y el disfrute individualista, no hay un lugar para la esperanza. Con todo, esta reducción, por su «unidimensionalidad», puede segregar a largo plazo el hastío y la desesperanza. Y por esta vía dialéctica podría recuperarse el sentido de la esperanza (aparición de mesianismo, actualidad de lo escatológico) o, en última instancia, de sus sucedáneos.

En cualquier caso, si el futuro es hoy la obsesión del presente, debe entenderse más como preocupación que como esperanza. Preocupación que llega a cobrar caracteres angustiosos si confrontamos las perspectivas de futuro con ciertas experiencias traumatizantes del pasado y con los críticos problemas del presente. En concreto, el progreso científico, lejos de ser considerado ya como la panacea universal, despierta hoy serios recelos y reticencias. Una muestra de ello son las reiteradas manifestaciones contra la instalación de centrales nucleares, habidas dentro y fuera de nuestro país. Si de la realidad pasáramos a la ficción (novela, cine...), encontraríamos unas perspectivas bastantes sombrías: deshumanización de la vida social, agotamiento de los recursos energéticos o alimenticios, contaminación en proporciones irreversibles, catástrofe nuclear... Semejante catastrofismo —interesante más como síntoma que como probabilidad— campea hoy en los dominios de la «fantaciencia», otrora terreno abandonado para visiones de mundos felices y paraísos artificiales.

Si quisiéramos sondear la actitud de la juventud actual con respecto al futuro —que por ley biológica está destinada a protagonizar— seguramente no encontraríamos una postura uniforme. Entre los jóvenes hay quienes no se plantean la cuestión o incluso la rehuyen positivamente. Justifican esta actitud evasiva arguyendo que no es asunto suyo o que la solución no está en sus manos; quizás no crean que exista siquiera una salida ante el reto del futuro. Hay otros grupos de jóvenes más concientizados que adoptan una actitud crítica —a través de la canción, prensa marginal, manifestaciones, etc.—, llegando a plantear alternativas sociales más o menos utópicas (desde la comuna hippie a la ciudad focolar, por poner algún ejemplo). En general, son minoría los que efectivamente se comprometen en la solución de los problemas del presente, y suelen adoptar para ello la vía política revolucionaria...

En este contexto panorámico, apresurada y someramente bosquejado, podemos encuadrar ya nuestro comentario sobre el tema de la esperanza en la canción actual. En diálogo con los textos escogidos iremos precisando y concretando estas ideas.

CANTARES DE RABIA Y ESPERANZA

La canción genuinamente joven ha de ser por fuerza **inconformista**. Si la rebeldía ha sido siempre un rasgo del talante juvenil, esta actitud crítica se ha agudizado hoy hasta llegar al rechazo radical de las estructuras del pasado. Rechazo que puede ir acompañado —no siempre— de una búsqueda, más o menos afortunada, de nuevos cauces. Elisa Serna eleva esta idea a la categoría de axioma universal:

«...El reemplazo de lo viejo por lo nuevo
es una ley universal, eterna e indudable.
Una cosa se transforma en otra
por medio de un salto
cuya forma varía según las condiciones.
Esta es la ley del reemplazo de lo viejo por lo nuevo».

Y sigue comentando: «Este tiempo ha de acabar, / otro nuevo apuntará. / En la entraña de lo viejo / va creciendo otra verdad... O se ensanchan las orillas / o desbordará el caudal... Bajo el manto de lo viejo / una nueva sociedad...» («Este tiempo ha de acabar»). Contrasta con esta seguridad, diríamos que «dogmática» —volveremos sobre este punto— el testimonio de una búsqueda a ciegas, de un forcejeo inútil e impotente, que Hilario Camacho manifiesta en «Igual que vosotros» (los versos son de Blas de Otero):

«...Busco y busco un algo,
si supiéramos cómo.
A veces me figuro
que ya siento
qué sé yo qué,
que lo alzo y lo toco.
Desesperadamente,
desesperadamente lo retengo,
cierro el puño,
apretando el aire solo.

Desesperadamente
sigo y sigo buscando
qué sé yo qué
en lo hondo.

Desesperadamente. He aquí otra de las tónicas dominantes en gran parte de la canción, cine y novela de nuestro tiempo. «Todo está muy negro», como cantan 'Las Madres del Cordero'. No hay lugar para la esperanza, y mucho menos para la felicidad (¿dónde quedó el típico final feliz de los films «made in Hollywood»?).

Más aún, cuando alguno se atreve a cantar digamos la alegría de vivir, ello le supone en determinados ambientes intelectuales el verse automáticamente envuelto en un cerco de sospechas (evasivo, racionario, colaboracionista, etc.).

De todos modos, esta negrura del presente no impide el recurso al sueño. Incluso invita a soñar, como último resquicio a la esperanza. Estos sueños son precisamente la semilla de un mañana distinto. Así lo canta Aguaviva:

«Con los ojos cerrados,
a oscuras,
voy y planto mis sueños.
¡Sólo el sueño es humano!
Con los ojos cerrados
sólo el sueño es posible.

Ver, ver, duele.

Lo mejor es soñar
y decir
y clavar
y plantar
nuestros sueños de hoy
para verlos mañana
nacer realidad».

(«Canción del soñador», del
disco «La casa de San Jamás»).

Entre los autores que se mueven en esta línea crítica se da casi siempre una referencia a la realidad española. Su crítica puede aparecer más o menos explícitamente (y en este más o menos jugaba un papel decisivo la censura), pero alcanza siempre su objetivo de denuncia y concientización. El oyente habitual está acostumbrado a leer entre líneas. Más aún, el mensaje cantado viene a ser eco y portavoz de su propio inconformismo ante la realidad establecida. Paco Ibáñez representa un claro exponente de la que venimos diciendo:

«Nosotros somos quien somos,
basta de Historia y de cuentos.
Allá los muertos que entierren,
como Dios manda, a sus muertos.
Ni vivimos del pasado,
ni damos cuerda al recuerdo.
Somos, turbia y fresca, un agua
que atropella sus comienzos...

¡A la calle! que ya es hora
de pasearnos a cuerpo
y mostrar que pues vivimos
anunciamos algo nuevo...»

(«España en marcha», letra de G. Celaya.
Del disco «Los unos por los otros»).

Cabría ahora preguntarse en qué consiste esta novedad que se anuncia y se vislumbra. Sin lugar a dudas, la respuesta más frecuente que encontramos viene a ser ésta: el futuro es libertad (cfr. Jarcha, J. A. Labordeta, M. Gerena... y un largo etcétera). **La libertad** es el valor más cotizado en nuestra época. Gran parte del movimiento juvenil, de las alternativas sociopolíticas, de los gestos reivindicativos, se vienen a resumir en esta palabra mágica. Y así la esperanza, tal como aparece en la canción actual, puede definirse ante todo y sobre todo como **ansia de liberación**. Esta sería la «buena nueva» que —por poner un ejemplo muy representativo— anuncia Luis Pastor en sus «Nanas para traer un niño al mundo» de su L.P. «Fidelida».

«Por cantarte quiero
de alguna manera
hacerte presente
esperanza nueva...

Por cantarte quiero
de alguna manera
anunciarte libre
una nueva era...

Por cantarte quiero
de alguna manera
realidad hacerte
que con todos seas

puente en el camino,
trampolín con fuerza
del mañana claro
que libre se acerca...

Esta esperanza actúa como fuerza y estímulo en la lucha por alcanzar la liberación: «Por eso luchamos, / morimos a medias, / vencemos el miedo, / gritamos con fuerza», dice L. Pastor en ese mismo lugar de su magnífico album. Y a propósito de estas «Nanas» me viene a la memoria el vigoroso verso de Manuel Pacheco, al que ha puesto música Espinosa: «Si el niño nace barro, hay que hacerlo esperanza». El futuro, ese dar vida a la esperanza, es comprendido como tarea del hombre, como algo que es preciso hacer ineludiblemente, porque nada ni nadie va a darlo ya hecho. Más aún, como algo que hay que realizar **contra** quienes se oponen a ello, jugándose la propia vida en este esfuerzo: «Para la libertad sangro, lucho pervivo...», grita aún Miguel Hernández —mártir de la libertad— en la voz y la música de Joan Manuel Serrat...

Porque se trata de una esperanza que no es evasiva, sino todo lo contrario: compromete, lanza a la lucha, es revolucionaria. En este momento resulta obligado hacerse eco de ese grito tan reiterada y férvidamente coreado en nuestros días: «El pueblo unido jamás será vencido». La canción de Quilapayún es una buena muestra de este cantar esperanzadamente revolucionario:

«En pie, cantad, que vamos a triunfar,
avanzan ya banderas de unidad,
y tú vendrás, marchando junto a mí,
y así verás tu canto y tu bandera florecer.
La luz de un rojo amanecer
anuncia ya la vida que vendrá.

En pie, luchad, el pueblo va a triunfar,
será mejor la vida que vendrá
a conquistar nuestra felicidad.

Y en un clamor mil voces de combate se alzarán,
dirán canción de libertad,
con decisión la patria vencerá.

Y ahora que el pueblo se alza en la lucha
con voz de gigante gritando adelante:
el pueblo unido jamás será vencido...»

Este canto, plétórico de ardor y fuerza, constituye todo un manifiesto de esperanza: el pueblo va a triunfar, la patria vencerá... Es una convocatoria a la unión del pueblo en la lucha por la libertad, porque en esa unión reside la clave de la victoria. Estamos, claro está, muy cerca del manifiesto comunista: «Proletariados de todo el punto, uníos» (que, de paso, Laín Entralgo corregía: «esperanzados de todo el mundo, uníos»...).

Es interesante notar la seguridad que expresan estas canciones en el triunfo final —«el pueblo unido **jamás** será vencido»— porque aparece como una conducta de mil modos repetida en ellas. Recordemos la citada canción de E. Serna «Este tiempo ha de acabar»; recordemos también, como un ejemplo curioso, la coletilla final de «Libertad sin ira» (otra canción que ha funcionado como manifiesto): «Libertad, libertad sin ira... y si no la hay, **sin duda la habrá**». Podíamos preguntarnos qué diferencia existe entre estas expresiones y lo que llamamos acto de fe. Aparece en ellas una fe que incluso podríamos llamar «ciega» —por absoluta—, si atendemos a los fortísimos obstáculos que, sobre todo en algunos casos, impiden el acceso a ese futuro de libertad.

Quizás sea que esta fe-esperanza absoluta, a pesar de los pesares y pese a quien pese, constituye una necesidad y un imperativo de toda opción revolucionaria. Sin ella, la lucha revolucionaria, y sobre todo la sangre derramada en ella, sería un sacrificio inútil y absurdo. En última instancia, podríamos decir que todo movimiento revolucionario y toda forma de mesianismo —aun el más ateo y positivista— necesita un «credo», unos dogmas en los que fundarse. Un ejemplo notorio de esto podría ser el mismo «paraíso comunista». Así queda expresado en «La Internacional»:

«...El día que el triunfo alcancemos
ni esclavos ni dueños habrá;
los odios que al mundo envenenan
al punto se extinguirán.
Del hombre el hombre es hermano.
derechos iguales tendrán,
la tierra será el paraíso,
Patria de la Humanidad».

Junto al tema de la libertad, **la fraternidad** constituye el segundo componente de este futuro de esperanza. Una fraternidad alcanzada como victoria sobre el odio, pero —nos preguntamos— ¿victoria por la fuerza del amor? ¿o victoria por la fuerza sin más, por la «ley del más fuerte»? Se plantea aquí el problema de si la ansiada fraternidad puede nacer como resultado de un

enfrentamiento, de «una lucha de clases»... ¿No será por el contrario, la dialéctica marxista una «espiral de violencia»?

Son interrogantes, aquí sólo apuntados, que podían dar lugar a un jugoso y fructífero comentario. Sin embargo, es preciso concluir esta ya larga presentación de textos. Y lo hacemos con el mismo deseo final de Miguel Hernández en su «Canción última»: al menos ¡dejadme la esperanza! Con todo, una última letra —del grupo Jarcha— sirva como recapitulación de los puntos que hemos ido tratando en este discoforum. «Amanece»:

«Hermano, mira y siente,
ha amanecido;
todavía nos queda la esperanza
de construir el mañana unidos...

La tierra será para todos,
los hombres seremos iguales
Ven y no desfallezcas, hermanos.
El pasado nos lo robaron,
el presente lo perdimos,
sólo nos queda el futuro:
unidos lo conseguiremos...»

(Del disco «Andalucía vive»).

EPILOGO PARA CRISTIANOS

«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (G.Sp. 1). Cabría preguntarnos ahora, a partir de esta afirmación conciliar y del análisis realizado en torno a la esperanza en la canción de hoy, en qué medida nosotros los cristianos compartimos esta esperanza, participamos de esta lucha por alcanzar un futuro en libertad y fraternidad. Porque libertad y fraternidad también son (¿hace falta decirlo?) valores cristianos, cualidades inherentes a esa realidad que llamamos Reino de Dios, que nosotros esperamos y que hemos de ir construyendo ya, aquí y ahora...

Cierto que nosotros los cristianos creemos y esperamos en el Futuro Absoluto de Dios, que es gracia, y cierto que el Reino de Dios será siempre mayor que cualquier modelo de paraíso intrahumano. Quizás tampoco podamos emplear los mismos medios para alcanzarlo. Pero también es verdad que, como cristianos, hemos de estar dispuestos a dar razón de nuestra esperanza (cfr. 1 Pe 3,15), lo que implica poner todas nuestras energías —no tanto nuestros razonamientos— y aun exponer la propia vida para que el dinamismo liberador y fraternizador de esta esperanza no quede sofocado, no sea vano. De este modo, la lucha por el hombre se convierte en exigencia ineludible de nuestra misma vocación cristiana. Tal será nuestro Adviento, nuestra Cruz, nuestro camino hacia la Pascua.

José M. Hernández Martínez, cmf.

ESTUDIOS ECLESIASTICOS

Revista Teológica de Investigación e Información

N.º 201 (Abril-Junio 1977): Monográfico sobre
El Acuerdo España-Santa Sede (28 Julio 1976)

N.º 203(Octubre-Diciembre 1977): Monográfico sobre
FE Y JUSTICIA

J. ALONSO: La Justicia en la Teología Bíblica
J. I. GONZALEZ FAUS: Jesús y los demonios
V. CODINA: Dimensión social del Bautismo
J. M.ª CASTILLO: Donde no hay justicia no hay Eucaristía
J. VIVES: ¿Es la propiedad un robo? Estudio patristico

N.º 205 (Abril-Junio 1978): Monográfico sobre:
Hacia la construcción de una Moral Política

Suscripción anual:

Extranjero 750 Pts.
España 650 Pts.

Redacción y Administración:

Pablo Aranda, 3. Madrid - 6